

Dirección:  
Caballeros, 13

Colaboradores  
los que solicite el director

# Plumas Noveles

SUSCRIPCIÓN  
Un mes. . . . 0,25 pts.

Redacción y Admón.  
San Gil, 1

## LOS EXAMENES

Se han terminado en todos los centros los exámenes; ya no tiene el estudiante la preocupación de tener que examinarse, por ahora, y se marcha a su pueblo, ya orgulloso de haber sacado buenas notas, o por el contrario, abatido por su derrota y perorando que han hecho una injusticia con él, que era uno de los mejores que se habían presentado, y así, con estas palabras, contentan a sus familias y amigos, y esperan que llegue otra nueva convocatoria para ir al desquite.

Los exámenes tienen algo de serio y cómico, cuando se presenta un alumno o alumna que demuestra sus conocimientos, todo el público lo escucha con agrado, ahora si el que se examina está lego en la materia y quiere dar a entender lo contrario, entonces se produce la hilaridad en algunos, y sobre todo, si el profesor le tiende a cada momento un cable de salvación por ver si puede sacarlo adelante.

De los comentarios no hablemos; hay que ver y oír a los grupos que se forman en los pasillos y los comentarios que se hacen—que si esto, que si lo otro—y sobre todo, de los que asisten solamente por pasar el rato, que son la mayoría.

Y para terminar: los exámenes en la actualidad, excepto del tribunal de los alumnos que se examinan y sus familias, para los demás lo consideran un espectáculo como otro cualquiera.

L. GANTITO.

## VERANO

Te saludo ¡Oh divina estación! a ti que eres flores, ilusiones, alegrías...

Al saludarte es en prueba de reconocimiento y el reconocimiento es, porque traes a mi mente evocaciones de antaño, recuerdos imborrables, ilusiones que pasaron, pero, que aún rememoro con deleite.

Época de flores, de amor, de elegiacas y románticas poesías; época de fiestas, romerías y verbenas; todo lo es el verano.

Las flores, cual si hubieran estado durante el resto del año tejiendo su color y

formando su hermosura, aparecen ahora en policromos aspectos y con sin igual fragancia, embriagando al hombre en su contemplación y perfume. Son las flores de una gran simpatía para el ser humano, en su dualismo, pero principalmente tienen, respecto a la mujer, encantos que no tienen para el hombre; parece que la mujer entiende su lenguaje, comprende mejor su belleza y al identificarse de tal forma, se hacen hermanas inseparables.

Todo es admirable en el estío. Los campos, con su esplendente verdor, nos muestran una grandísima manifestación de lo que es y de lo que significa la madre Naturaleza; los pájaros, con sus melodiosos trinos, contribuyen a embellecer, más y más, el ya tan bello cuadro de este tiempo; el cielo, en fin, en su inmensidad y con su inimitable azul, nos da la idea: de que muy bello y muy hermoso es el verano con sus flores y con sus pájaros; de que muy noble y muy pródiga se nos presenta la Naturaleza; pero que, sin embargo, si no hubiera un algo que diera vida y ordenara todo esto, ni existiría el verano, ni la Naturaleza con sus insondables secretos.

Y no filosofemos, sigamos con un día de verano y lleguemos a su fin: la noche.

¡Quién no ha reparado en una noche estival!

Es, sin duda, en la noche más que en el día donde está lo maravilloso y lo poético. Esas noches en que, arrullados por un suave y tenue airecillo, nos vemos transportados, en aras de mágicos conjuros, a regiones ultraterrenas e ideales; esas noches, de clara luna y límpido cielo, en que, para el poeta, tiene la mejor y más preciada musa; esas noches en que, mil preclaros músicos, han compuesto las sentimentales romanzas que produjeron después en nosotros los más dulces y arrobados momentos de la vida; esas noches que en ellas todos hemos experimentado cierto placer que, al querer exteriorizarlo, no pueden comprender y explicar.

Te saludo ¡Oh divina estación! a ti que eres flores, ilusiones, alegrías...

C. MARCIAL ESPADA.

## RAPIDA

## EL IDEAL

Era una hermosa tarde del mes de mayo, el sol bañaba con sus rayos la inmensa llanura de un pueblo de la Mancha; camino de su quinta iban dos viejos, marido y mujer, que aquél día habían bajado al pueblo para despedir a su hijo que se marchaba a la ciudad. Los dos iban muy

tristes, por haberse temido que separar de su único hijo que era reclamado para ingresar en las filas del ejército, pues se temía que estallara por aquellos días la guerra con la nación fronteriza.

Juan, que se llamaba el padre, dijo a su mujer: que no se apurara, que después de todo, si dejaba a unos padres, en cambio servía a su segunda madre, que era la patria, y que el ideal de todo hombre, consistía en servir a su patria y derramar su sangre para borrar las ofensas proferidas a su bandera; la madre, ante estos razonamientos, se calmó un poco, llegaron por fin a su casa y después de mucho trabajo, consiguieron hacerse fuertes a tan rudo golpe.

Aquella noche soñaron que su hijo había obtenido varias condecoraciones y el grado de teniente, por haber ejecutado actos de verdadero heroísmo.

Al día siguiente, al levantarse, se contaron el sueño que habían tenido durante la noche pasada, viendo con asombro que los dos habían soñado lo mismo. A los pocos días, recibieron carta de su hijo en que les manifestaba que había estallado la guerra y que sabía para la frontera; desde aquél día, ya no hubo paz en el hogar, todo era llanto, todo lamentaciones y así pasaron uno y otro día, hasta que llegó un oficial a manifestarles que su hijo había muerto en el campo de batalla como un héroe y al mismo tiempo a entregarles la espada y las condecoraciones que había recibido, pues había ascendido durante el curso de la guerra a Capitán; los padres quedaron anonadados ante la noticia, el padre, sobreponiéndose de la impresión sufrida, dijo: ¡Después de todo, ha muerto por defender su ideal!

F. G.

## CUENTO

## Amor y gloria

Era bella, muy bella. Los ensortijados bucles de su crespa y dorada cabellera, se destacaban en su espalda, como lingotes de oro compuesto por finísimos hilos; una bata azul cubría sus formas comparables con las venéreas de una imagen del inmortal Urbino; sus grandes y bellos ojos negros de un mirar dulce y tierno, parecían en aquellos momentos velados por la honda huella de la pena; su frente adornada por dos cejas graciosamente arqueadas, eran contraídas por las arrugas, mientras de sus divinos ojos se desprendían dos líquidas perlas que la hacían más

venusta que la madre de Dios. Su respiración era anhelosa, y entre sus pequeñas manos estrujaba un papel escrito, en fin, sentada en un amplio y lujoso canapé, parecía estar abstraída en profundas meditaciones de dolor.

Era tanta su beldad, tanta su melancolía y abatimiento; tal era el padecimiento en su rostro angelical pintado, que no pude menos de admirar aquel conjunto de venustidad, con la pena que en sus divinas facciones se hallaba retratada, ensalzando así, mucho más su belleza, hasta tal punto la admiré, que su efígie quedó esculpida en mi alma, ávida de amor, para nunca jamás borrarse de ella.

Si, llegué a verla; en mis sueños se aparecía como el hada madrina se aparece en los cuentos de niños; yo sonreía al verla sonreír, luego se esfumaba y yo quedaba sumido en la oscuridad de mi pena.

Un mes escaso llevaba admirando a aquella mujer, que por entonces ocupaba todo mi ser, aquella mujer de los mil y un encantos, que subyugada con su mirada; cuando un día, en las sombras de la noche y en ocasión de que yo me hallaba tomando el fresco en la terraza del casino, en un automóvil negro, como la uegrura y lobreguez nocturna, vi aparecer la graciosa silueta de la dama melancólica que ocupara mis pensamientos desde el instante en que la viera.

En vano la busqué por toda la ciudad; en vano también veía en mis sueños aquellos ojos que emanaban destellos dulces y melancólicos e iluminaban su faz sonriente, todo en vano; la imagen de aquella persona adorada no la veía nada más que en mi mente alucinada y calenturienta, nunca en la realidad.

Pasado algún tiempo de los acontecimientos acaecidos, desde que desapareciera la dama de las venereas formas que creara el ensueño de mi vida; cuando me sorprendió la ruptura de hostilidades y con ella una Real orden del Ministerio de la Guerra, en la cual se me ordenaba la pronta incorporación a mi regimiento; pues entonces ostentaba yo el honroso cargo de teniente de la guardia real.

Tuve con harto dolor de mi corazón que separarme de aquella ciudad donde pasara los días más felices de mi vida, entregado al placer de mi sueño amoroso; pero era la Patria la que lo ordenaba, un deber de gratitud hacia la madre tierra me imponía el sacrificio y un amor patrio se rebelaba más fuerte, más tenaz que aquel que tuviera por la joven lánguida y melancólica.

Iría al combate en el primer tren que saliera y si me tocaba morir, moriría por la gloria de mi Patria, teñido en sangre enemiga.

La del alba sería. El sonoro toque del cornetín llamaba a formación; hiceme cargo de los soldados que tenía a mi mando, y previas las órdenes del jefe de Estado Mayor, partí para las trincheras avan-

zadas del frente: un silencio sepulcral reinaba, en aquellos instantes el enemigo se acercaba a las trincheras, y momentos después se empezaba un combate rudo, tenaz, sangriento...

El sonoro estruendo del cañonco constante y ensordecedor; los silvidos de las balas, los gritos de los combatientes, el olor a la pólvora que mareaba a los soldados, y entre tanto lamento, entre tanto alarido, entre el ardor frenético de la desesperación conque ambos campos se desahucian, el sol, lanzaba sus rayos más ardientes y tenaces, como queriendo exterminar a los impíos que tan ferozmente se destrozaban por un palmo de terreno.

En tanto que los soldados que morían servían de parapeto a los ensangrentados que aún podían luchar, la guadaña enéptica de la muerte, cobábase con saña en las vidas de aquellos infelices.

La bandera cayó en mis manos sin saber como, pero con el asta hecha trizas, loco de furor, repartía sablazos por doquier, hasta que un golpe fuerte vino a herirme en la cabeza, un síncope surcó todo mi ser y caí ensangrentado y abrazado al emblema glorioso de mi patria, a la bandera porque peleaba.

Cuando volví en sí, mis heridas ya estaban curadas y la dama, que mis pensamientos ocupó tiempo atrás, estaba a mi lado.

Estaba más bella, si puede ser, que nunca, con la bata que caracteriza a las damas de la cruz roja; en un principio creí fuera una quimérica creación de mi delirio, pero no, me convencí de lo contrario, cuando sus níveas y pequeñas manos sujetáronme para evitar los movimientos violentos que a causa de mi desfallecimiento hacía.

La dicha que inundaba mi ser, era inmensa; mi pasión, casi olvidada, renació frenética y ardiente.

Ella, por su parte, quizá por volición propia de la mujer, llegó a comprender el puro amor que mi alma sentía, y movida a impulsos de un algo inexplicable, accedió, por fin, a la pasión que mi boca exteriorizaba.

Mis heridas, mitigadas por la alegría, parecían no existir; el hálito de su voz argentina, las cicatrizaba por momentos.

En dulce coloquio de amor nos hallábamos, cuando, la puerta de la tienda de campaña, se abrió para dar paso a tres oficiales de mi regimiento y al generalísimo, que con solemnidad puso en mi pecho una cruz, quizá inmerecida, pero que me llenó de orgullo.

Después de este, que fué para mi sublime acto, salieron de la tienda los jefes y oficiales; y yo, bien por la emoción recibida, o ya por la debilidad, que a causa de mis heridas sentía, caí abrazado a la enseña de mi Patria y en brazos de lo que más quería: mi amor.

ANDRÉS VILA MARTÍNEZ.

«El Divino»

## CRISANTO FLORES

*Composición más propia para el mes de mayo, que es el mes de las flores, pero que para el caso es igual.*

Crisanto Flores se llama y es un lila de una vez, nació un Domingo de Ramos en la calle del Clavel (1).

Es su juego favorito el truque, por cantar flor, y el jabón Flores del Campo lo considera el mejor (2).

Se enamora como un loco de cualquier joven hermosa si se llama Peonía o lleva por nombre Rosa.

Tiene muchas poesías y hasta flores naturales ganadas por sus trabajos en muchos Juegos Florales.

Tiene afición al teatro, pero su afición es loca, y le gusta por demás el ver «El puñao de rosas».

De artículos periodísticos siempre pierde la chaveta si es que son de la escritora que se firma «Violeta».

Estudió el Bachillerato, mas no consiguió sacar mas que una brillante nota en Historia Natural.

De toreros, se comprende que de buenos matadores no hay ninguno para él que sea mejor que Flores.

De las fiestas que le gustan, la mejor sin discusión y en la que más se divierte es la Fiesta de la Flor.

Y así la vida se pasa el infeliz de Crisanto, siendo siempre un individuo ni envidioso ni envidiado.

CERAUS.

## DE EXAMENES

El día 11 del actual, tuvimos el gusto de admirar los bellos ejercicios de Reválida, de las no menos bellas señoritas Asunción Pareja, Carmen Lumbreras y Paula Giménez; dichos ejercicios no podemos detallar las condiciones en que se realizaron, porque resultaría una labor inmensa y un trabajo impropio, pues supone nada menos que los grandes desvelos y todas las fatigas originadas durante los cuatros cursos de la carrera.

Es natural que tampoco podemos decir, por que sería un cargo de conciencia,

(1) En un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme, ni rima.

(2) Que conste que no es reclamo.

quien estuvo mejor que otra, porque todas estuvieron muy bien, es decir, sin superar ninguna a ninguna.

En realidad, los dos premios que en los futuros exámenes de septiembre se conceden, son casi insuficientes por la sencilla razón de que el trabajo, en el mero hecho de ser una imposición material sobre cualquier persona, merece una recompensa que necesariamente ha de estar en relación con el trabajo realizado.

Si bien es verdad que aquí no se busca el interés, sino solamente el estímulo de poderse presentar en la Sociedad, llevando sobre la frente el estigma del trabajo, para lo cual no hace falta que el premio sea de un mérito grande.

Felicitemos sinceramente a las futuras estrellas de la educación, por la brillante terminación de su carrera.

L. P.

## Ejecución de Carlos I

Guisor (Historia de la revolución de Inglaterra).

Después de cuatro horas de un sueño profundo, Carlos se levantó. «Yo tengo un gran negocio que terminar—dijo a Herbert—; es necesario que me levante pronto». Y se puso a arreglarse.

Herbert, turbado, le peinaba sin atención. «Tomad, yo os ruego—dijo el rey—, la misma solicitud que de ordinario; aunque mi cabeza no deba permanecer mucho tiempo sobre mis hombros, yo quiero parecer hoy como un novio.»

Al vestirse, pidió una camisa más.

«La estación está fría—dijo—, y podría temblar, y algunas personas lo atribuirían tal vez a miedo; no quiero que tal suposición sea posible.»

Apenas amaneció, llegó el obispo y comenzó los ejercicios religiosos. Como él leyese en el capítulo XXVII del Evangelio, según San Mateo, el relato de la Pasión de Jesucristo, «Señor—dijo el rey—, ¿habéis escogido este capítulo como el más aplicable a mi situación?»

«Ruego a V. M. observe—respondió el obispo—que este es el Evangelio del día, como lo prueba el calendario.»

El rey pareció profundamente emocionado, y continuó sus oraciones con redoblado fervor.

A cosa de las diez, llamaron dulcemente en la puerta de la cámara. Herbert permaneció inmóvil; un segundo golpe se hizo oír un poco más fuerte, aunque ligero todavía.

«Ir a ver quién es—dijo el rey.

Era el coronel Hacker.

«Hacedle entrar.»

«Señor—dijo el coronel en voz baja y medio temblando—: he aquí el momento de ir a White-Hall (1). V. M. tendrá todavía más de una hora para reposar.»

(1) Plaza de Londres, en que fué ajusticiado Carlos I.

«Parto al instante—respondió el rey—, dejadme.»

Hacker salió; el rey se recogió aún algunos minutos; después, tomando al obispo por la mano, «Venid—dijo—partamos; Herbert, abrid la puerta; Hacker me advirtió por segunda vez.»

Y descendió al parque para volverse a White-Hall.

Hacker llamó en la puerta. Juxon y Herbert cayeron de rodillas.

«Levantaos, mi viejo amigo—dijo el rey al obispo, tendiéndole la mano. Hacker llamó de nuevo. Carlos hizo abrir la puerta.

«Marchad—dijo al coronel—, yo os sigo.»

Y avanzó a lo largo de la sala de los banquetes, siempre entre dos hileras de tropas.

Una multitud de hombres y mujeres se habían precipitado ante el peligro de la vida del rey, inmóviles detrás de la guardia, rogando por el rey a medida que pasaba; los soldados, silenciosos, no los detenían. A la extremidad de la sala, una abertura en el viejo muro conducía de plano al pie del cadalso, vestido de negro. Dos hombres estaban de pie cerca del hacha, ambos vestidos de marineros y enmascarados (1).

El rey llegó con la cabeza alta, paseando sus miradas por todos lados y buscando al pueblo para hablarle; pero las tropas cubrían la plaza y nadie podía aproximarse.

Y volviéndose hacia Juxon y Tomlinson, dijo:

«No puedo ser oído mas que por vosotros, lo que hará, pues, que os dirija algunas palabras.»

Y pronunció un pequeño discurso que él había preparado, grave y sereno hasta la frialdad, únicamente aplicado a sostener que él había tenido razón; que el menosprecio de los derechos del soberano eran la verdadera causa de las desgracias del pueblo; que el pueblo no debía tener ninguna parte en el gobierno; que con esta sola condición, el reino volvería a encontrar la paz y sus libertades.

Mientras hablaba, alguien tocó el hacha, y se volvió precipitadamente, diciendo: «No melléis el hacha; porque me haría daño». Y su discurso terminó; alguno se aproximó, diciendo. «¡Tened cuidado con el hacha! ¡Poned guardia al hacha!», repetía en un tono de frialdad... El silencio más profundo reinaba; puso sobre su cabeza un bonete de seda, y dirigiéndose al ejecutor, le dijo:

«¿Os incomoda mi cabello?»

«Ruego a V. M. los coloque bajo el bonete—respondió inclinándose.

(1) Habiendo desaparecido el verdugo de Londres horas antes de la ejecución, y cuando ésta se hubiera tenido que deferir, se presentó un desconocido que ofreció cortar la cabeza al rey; lo hizo, enunbierto siempre bajo una máscara y disfrazado.

El rey los colocó con la ayuda del obispo... «Tengo a mi favor—le dijo—, tomándose este cuidado, una buena causa y un Dios clemente.

«Sí, señor—le dijo el obispo—, no hay mas que un paso que dar, lleno de angustias y penas, pero poco duraderas, y pensad que os hace emprender un gran viaje. ¡Os transporta de la tierra al cielo!»

«Paso—dijo el rey—de una corona corruptible a una corona incorruptible, donde no tendré que temer ninguna turbación, ninguna especie de turbación.»

Y volviéndose hacia el ejecutor, le dijo: «¿Mis cabellos están bien?»

Se quitó su manto y su San Jorge (1), y dando éste al rey, le dijo: «¡Acordaos!» Quitó su hábito, recogió su manto, y mirando al tajo, «Ponedlo de manera que esté firme»—dijo al ejecutor—«Está firme, señor.»

«Yo haré—dijo el rey—una corta oración, y cuando extienda las manos, entonces...» Y recogiendo, se dijo a sí mismo algunas palabras en voz baja, levantó los ojos al cielo, se arrojó, puso su cabeza sobre el tajo; el ejecutor tocó sus cabellos para colocarlos todavía bajo su bonete; el rey creyó que iba a golpearlo: «Esperad la señal».

«Yo esperaré—respondió el ejecutor—, con el buen placer de V. M.»

Al cabo de un instante, el rey tendió las manos; el ejecutor golpeó, cayendo la cabeza al primer golpe.

«He aquí la cabeza de un traidor»—dijo mostrándosela al pueblo.

Un largo y sordo gemido se elevó alrededor de White-Hall.

Muchas gentes se precipitaron al pie del cadalso, para teñir sus moqueros en la sangre del rey.

Dos cuerpos de caballería, avanzando en dos direcciones diferentes, dispersaron lentamente la multitud.

El cadalso permaneció solitario; se levantó el cuerpo y se colocó en el ataud.

Crowel (2) quiso verlo, lo examinó atentamente, y levantó con sus manos la cabeza, como para asegurarse que estaba bien separada del tronco.

«Esta cabeza es la de un cuerpo bien constituido—dijo—y que prometía una larga vida!»

Traducción de E. S. V.

Cuenca, 14-6-1917.

## Cortas biografías de Conquenses Ilustres

Fr. Melchor Cano: nació en Tarancón a principios del año 1509. Estudió en Sala-

(1) La cruz de San Jorge, patrón de Inglaterra. Es una orden de caballería del reino a semejanza de nuestras órdenes militares de Santiago, Alcántara y Montesa, y más antigua de la de Jarratiera.

(2) Este rigió los destinos de Inglaterra con el título de protector; después de muerto reinó Carlos II, hijo de Carlos I.

manca, humanidades y lenguas sabias, en 1524, en el convento de S. Estaban, profesó en la orden de Sto. Domingo. Enviado a Valladolid a terminar sus estudios, fué compañero de Fr. Luis de Granada y de Fr. Bartolomé de Carranza, comenzando sus rivalidades con este último. En 1542 ganó por oposición una cátedra de Sagrada Teología en Alcalá y en 1546 otra en Salamanca, que fué muy disputada entre muchos hombres eminentes y por unanimidad le fué adjudicada a él.

En 26 de enero de 1551, fué nombrado para asistir al concilio de Trento, acompañando a Fr. Gregorio Gallo, teniendo que pedir recomendación al Rey (16 de enero 1558) para ir a Roma donde temía por su persona a causa del enojo que le tenía el Papa, cosa censurable en un representante de Jesús en la tierra, distinguiéndose tanto como gran teólogo y elocuente orador latino. A la terminación del Concilio, lo nombró Carlos V, Obispo de Canarias, renunciando la mitra antes de tomar posesión de ella. Fr. Melchor Cano, fué antijesuita y maestro del conquense Fray Luis de León. Murió en Toledo el 30 de septiembre del año 1560, a los 51 años.

*Don Fermín Caballero*: nacido en Barajas de Melo (Tarancón) el 7 de julio de 1800. Comenzó estudiando la carrera eclesiástica, pero la abandonó y siguió la de leyes. Consiguio gran renombre tanto como literato como por político. Fué varias veces Ministro y Diputado. Entre sus obras, podemos citar «Fomento de la población rural», premiada por la Academia de Ciencias morales y políticas, y de la cual fueron agotadas en poco tiempo varias ediciones, sus «Biografías de conquenses ilustres» de las cuales solo publicó las del Abate Hervás y Panduro, la de Fr. Melchor Cano, los hermanos Valdés y el doctor Montalvo. Creó en su pueblo natal una escuela de niños el 7 de julio de 1858 y otra de niñas el 27 de octubre de 1862. Y por fin, como último rasgo de su filantropía, en su testamento dejó lotes para socorrer a los escritores pobres.

Murió el 17 de julio de 1876, a los 76 años, en Madrid.

R x Ó = Y - O

(Continuará)

## AMENIDADES

—¿Quién es el que da la caba en más alto grado?

—¡...!

—El Cobalto.

En una enfermería militar:

—Vamos a ver: ¿qué es lo que tiene usted en los pies?

—¿Yo...? ¡Los zapatos!

—Si no es por mi mujer, me robau anoche.

—Qué, ¿vió al ladrón?

—No; si no estaba presente.

—Entonces, ¿cómo lo impidió?

—Porque previamente me había quitado el dinero del bolsillo.

—¿Con qué agredió usted a su adversario?

—Con un arma blanca.

—¿Cómo?

—Claro. Le di en la cabeza con un pedazo de mármol.

Dote, fiado, y suegra, de contado.—Se aplica al que, movido con promesas halagüeñas de beneficios dudosos, acepta cargos que llevan fatiga y trabajos ciertos.

Soñaba el ciego que veía, y soñaba lo que quería.—Denota la facilidad con que algunos se lisonjean de conseguir lo que quieren.

Las soluciones de los problemas del número anterior, son:

Para los de Aritmética:

El 1.º, 610; el 2.º, una hora, 40 minutos y 48 segundos.

Y para el de Algebra:

18.446.757.446.808.510.636 granos.

36.863.514.893 hts. con 617.021.274.

Y 18.446.757.446.808 pesetas con 51 céntimos.

Imprenta de "El Día de Cuenca"

## Colegio de San Carlos

Primera y Segunda Enseñanza

Quince de Julio, 25.—Cuenca

DIRECTOR

**D. Lorenzo Fernández Calderón**

Correspondiendo al incesante favor de los padres, este establecimiento ha adquirido un hermoso edificio que reúne todas condiciones de capacidad e higiene que pueden exigirse.

En este edificio y accediendo a los requerimientos de algunos padres, se establece desde primero de enero un internado donde los alumnos, además de la enseñanza, ya de todos bien conocida, recibirán una alimentación sana, abundante y nutritiva.

También se crea media pensión.

La educación moral y religiosa está a cargo de un ilustrado sacerdote.

### Esperanza Ruiz

BORDADORA

Se hacen toda clase de labores de bordado, tanto en blanco como en color.

Alonso de Ojeda, 18  
::: (principal) :::

CUENCA

## Relojería

— DE —

# Enrique Monjas

7, MARIANO CATALINA, 7

Esta casa ofrece a su numerosa clientela, y a precios sumamente baratos, las mayores novedades en relojes de pared, bolsillo y pulsera. También en cadenas chapadas, plata y níquel, para señoras y caballeros. Composturas a precios grandemente módicos, garantizándose todas ellas.

Se graban toda clase de objetos



ESTA ES LA MEJOR

## SOMBRERERÍA

## Y GORRERÍA

vende a precios baratísimos. Presenta las últimas novedades y lo mejor que se fabrica.

Ojo con equivocarse

MARIANO CATALINA, 22

CUENCA